

REFLEXIONES SOBRE LA SEGURIDAD FÍSICA

José Luis CARBALLO ÁLVAREZ



AYA por delante que todo lo manifestado en este artículo sobre seguridad física son opiniones personales volcadas sobre unas hojas de papel, y en ningún caso trata de presentar axiomas o soluciones fundadas en las doctrinas existentes al respecto, sino probablemente todo lo contrario, pues ciertas opiniones aquí expuestas podrían chocar con principios aceptados por expertos.

Lo perseguido en este artículo es proponer mejoras a un grave problema que a todos afecta y que pocos asumen como intrínsecamente suyo: la seguridad física.

Nuevos tiempos, mismo métodos

La evolución de las técnicas y tácticas militares a lo largo del tiempo ha sido una constante en cada una de las guerras y conflictos en los que ha estado inmersa la humanidad.

Esa transformación siempre ha estado directamente relacionada con el perfeccionamiento de las armas y los sistemas de combate. A medida que estos iban siendo más sofisticados, los tradicionales eran suplidos por otros que hacía poco eran inimaginables.

Paralelamente, las guerras han mudado a unas formas de enfrentamiento en las que ya no solo se enfrentan fuerzas regulares en conflictos convencionales, sino que han aparecido nuevos escenarios asimétricos.

Las dimensiones del campo de batalla han dejado de regirse por las clásicas de espacio y tiempo, abriéndose frentes en entornos que únicamente existe en la mente.

El combatiente emplea los sistemas para aumentar sus propias capacidades de combate, y en ocasiones él mismo ha sido completamente sustituido por sistemas autónomos.

Era de esperar que en lo que se ha conocido como operaciones en retaguardia, que incluyen la seguridad física para la defensa de las instalaciones, personas y medios en el territorio propio, se hubiera avanzado de la misma forma, pero no ha sido así.

Los métodos de seguridad física militar, si bien han evolucionado tecnológicamente sus sistemas, continúan aplicando las mismas soluciones que se han usado durante siglos: «murallas, puertas y centinelas».

El esfuerzo principal tiende a seguir controlando el acceso de cualquier persona o vehículo a las instalaciones, sin importar cuál es la amenaza o el enemigo vigente. El diseño de un sistema pensado para hacer frente a las técnicas y tácticas de esa amenaza ha pasado a ser secundario en tiempos de paz.

En un mundo cada vez más globalizado, con fronteras menos delimitadas, la seguridad física es primordial para evitar que acciones llevadas a cabo por posibles enemigos comprometan nuestro centro de gravedad, que por supuesto no tiene que ser un elemento físico militar, sino algo tan sencillo como la cohesión interna o la propia opinión pública.

La seguridad, al igual que lo han hecho las funciones del combate, tiene que evolucionar y emplear métodos basados en las nuevas tecnologías.

Concepto de seguridad: ¿subjetivo u objetivo?

La seguridad es una condición necesaria para llevar a cabo cualquier actividad con normalidad y, en particular, la seguridad física es aquella encaminada a proteger a las personas, unidades, material y equipos e información contra cualquier tipo de acción antisocial.

Podemos examinar si este concepto de seguridad posee exclusivamente un componente objetivo, o si por el contrario tiene mucho de subjetivo en función de la interpretación de la propia seguridad.

Está constatado que cuando se pregunta en las encuestas si se considera a España un país seguro (seguridad ciudadana), la mayoría de los encuestados responden que no, o bien que no es muy seguro. La realidad es completamente distinta, pues objetivamente, y conforme a los datos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), España es el sexto país más seguro del mundo.

Por el contrario, si nos referimos a seguridad internacional, solo un tercio de los españoles cree que los conflictos en el exterior pueden afectarnos directa o indirectamente, con lo que nuevamente los hechos objetivos vuelven a demostrarnos que las percepciones subjetivas poco tienen que ver con la realidad.

El problema es que subjetivamente no se valoran los datos confrontados de la realidad, pues estamos acostumbrados a nuestras circunstancias, con las que llevamos a cabo las actividades diarias con normalidad, desconociendo otras realidades diferentes a la propia y haciéndonos eco de informaciones o noticias puntuales, que en ocasiones conforman estados de opinión.

Por tanto, el concepto de seguridad tiene mucho que ver con la apreciación subjetiva que cada uno tiene, pues es algo intangible y que no podemos cuantificar.

Ante esto, se puede concluir que en el propio concepto de seguridad existe un elemento subjetivo con mucho peso, que distorsiona la realidad y revela exclusivamente nuestro sentimiento de seguridad, que nada tiene que ver con la seguridad objetiva basada en los hechos.

La seguridad física militar: siempre hay un responsable

A diferencia de lo que puede ocurrir al producirse una transgresión en el ámbito de la seguridad ciudadana, en el que se asume la imposibilidad de alcanzar la plena seguridad y en donde no hay un responsable concreto de esa falta de infalibilidad, en la milicia no se asume normalmente esa imposibilidad de alcanzar la absoluta seguridad, ya que siempre hay un responsable, que no es otro que el jefe de la dependencia o, en su defecto, el de seguridad.

Este no tiene por qué ser un experto en seguridad física, por lo que ese componente subjetivo a la hora de valorar la propia seguridad será muy alto, buscando llenar su sentimiento de falta de esta mediante unos patrones clásicos (murallas y centinelas), que en la mayoría de los casos no estarán acorde a los hechos que marcan la realidad.

Esta percepción llevará a tener siempre aplicadas unas medidas físicas ostentosas, que normalmente no serán resultado de un estudio objetivo, sino se apoyarán en unos patrones generalistas y comunes, con vocación de servir para hacer frente a toda amenaza, en todo momento y en cualquier lugar, como si se tratase de un «bálsamo de Fierabrás».

Planeamiento de la seguridad física: nunca pasa nada hasta que pasa

Para evitar hacer lo que nos pueda aconsejar nuestra subjetividad, todas las medidas tangibles y concretas que se aplican dentro del ámbito de la seguridad física deberían estar basadas en un sistema de planeamiento y volcadas en unos planes de seguridad revisados constantemente.

Desde el punto de vista militar, el procedimiento para llevar a cabo un planeamiento siempre es el mismo y está encaminado a resolver un problema mediante la toma de una decisión. Para llegar a ella, es necesario analizar la misión (incluyendo en todo caso el estudio de los medios propios y el de las amenazas y sus posibilidades), desarrollar unas líneas de acciones o posibles soluciones, analizarlas, compararlas entre sí y, por último, tomar la decisión.

Esto, pese a tener mucho de subjetivo en cuanto a las estimaciones que se van realizando, se basa también en certezas, y busca ser lo más objetivo posible, evitando que ideas preconcebidas o «felices» sean tomadas como soluciones.

El proceso es continuo y permanente, pues a diferencia de otros problemas, la solución buscada es para uno concreto, en un momento y circunstancia determinada, pues la amenaza que lo ha creado muta y modifica sus posibilidades en función de la situación y de nuestras propias decisiones.

Cualquier decisión implica renunciar a otras, y siempre incluye asumir riesgos. Si esto es una máxima en lo que se entiende por operaciones, ya no todo el mundo lo ve tan claro cuando se trata de la seguridad física, pues pocos consideran que proporcionarla es una operación militar, y en cambio sí debe ser aceptada como tal, pues una operación militar es una acción militar que se llevará a cabo según un plan establecido de antemano para cumplir determinados objetivos militares.

La labor de proporcionar seguridad física diaria, en cada una de sus variantes, sea a instalaciones, personas o materiales, debe considerarse como una verdadera operación militar, con todas las implicaciones que ello conlleva.

Un solo ataque puntual no convencional en territorio nacional puede poner en entredicho todas las operaciones desarrolladas en el exterior, no tanto por sus consecuencias físicas, sino por la segura repercusión mediática y afectación del centro de gravedad.

La rutina y el hecho de que afortunadamente gocemos de un alto grado de seguridad no pueden hacernos caer en el hastío, porque nunca pasa nada hasta que pasa, y ya se ha dicho que la seguridad plena no existe.

Si en el nivel táctico para cada tipo de amenaza buscamos una respuesta concreta y no existe una maniobra «bálsamo de Fierabrás» que nos sirva para todo enemigo y amenaza, ¿por qué no ocurre lo mismo con la seguridad física?

Si la amenaza o el enemigo han variado, nuestra decisión no puede basarse en algo planteado sobre una realidad distinta a la actual. Si el enemigo es distinto, sus técnicas y tácticas habrán cambiado y, lo más trascendente, el objetivo final que persigue también será diferente. Los planes de seguridad deben confeccionarse exactamente igual que los de operaciones de nivel táctico, con las mismas herramientas y métodos, revisándose y actualizándose periódicamente en función del tipo de amenaza existente y de la probabilidad de su materialización.

Por tanto, si en cualquier operación el planeamiento es continuo y se adapta a la situación, lo mismo debemos exigir a nuestros planes de seguridad, al objeto de alcanzar la decisión más acertada para cada amenaza y situación.

El entorno de seguridad: islas frente a apoyo mutuo

Uno de los principios básicos de cualquier operación militar es el apoyo mutuo entre unidades durante su desarrollo, pues aunque el comandante de la unidad es el responsable de llevar a cabo la misión encomendada, no es menos cierto que en el nivel táctico una unidad estará normalmente encuadrada en otra superior, y no actuará sola, sino formando parte de una maniobra.

Nuevamente en el caso de la seguridad física, este principio de apoyo mutuo generalmente no se cumple, pues cada unidad o dependencia actúa como una isla independiente bajo la responsabilidad exclusiva de su jefe, constituyéndose en un entorno local de seguridad.

Curiosamente, esta premisa desaparece cuando varias unidades comparten el mismo acuartelamiento o base, en cuyo caso aplicamos el componente subjetivo, y casi medieval, de que la seguridad perimetral la proporciona una única unidad apoyada en las «murallas».

La falta de cooperación y comunicación se hace todavía más patente cuando las unidades pertenecen a cadenas orgánicas diferentes y, pese a estar separadas por apenas escasos metros, cada una cuenta con su propia «muralla», lo que las convierte en entornos locales de seguridad, no proporcionándose apoyo mutuo entre ellas.

Con los medios técnicos actuales y el armamento disponible, es totalmente anacrónico seguir manteniendo entornos locales de seguridad en lugar de agrupar allí donde se pueda a las unidades en entornos globales de seguridad, con la consiguiente economía de medios.

La seguridad absoluta no existe: flexibilidad y adaptación

Pese a que la expresión *unknown unknowns* ya había sido utilizada anteriormente con relación a la Teoría del *Black Swan* (Cisne Negro), no es hasta 2002 cuando pasa a ser ampliamente aplicada en el ámbito de la seguridad al ser mencionada en una rueda de prensa por el entonces secretario de Defensa norteamericano Donald Rumsfeld.

Básicamente se refiere a la existencia de incógnitas desconocidas, y por tanto inimaginables, pero que pueden suceder.

Si un hecho es inimaginable, no puedo preverlo, y consecuentemente no puedo tomar medidas para evitarlo.

En el campo de la seguridad física es imposible tener la plena certeza de no ser sorprendido. La seguridad plena es inalcanzable, pues la amenaza muta, y con ella sus formas.

¿Cómo entonces se puede hacer frente a este tipo de situaciones?

Si se parte de la condición de que por definición no podemos ni imaginarlas pero pueden producirse, y no tendremos conocimiento de su existencia precisamente hasta que se produzcan, el objetivo no será por tanto evitarlas, que es imposible, sino minimizar los efectos.

Un «Cisne Negro» normalmente lleva aparejado un *shock* que paraliza el sistema, con lo que el daño que pueden producir las consecuencias posteriores es mucho mayor que el hecho en sí mismo. El no saber cómo actuar o reaccionar ante un hecho absolutamente desconocido hasta ese momento provoca una parálisis y un vacío en el sistema difícil de subsanar.

La única receta posible ante estas situaciones se basa en la propia estructura de la organización. Del grado de adaptación y flexibilidad para afrontar las nuevas circunstancias dependerá en gran medida que un hecho inimaginable paralice o no nuestro sistema.

En la esfera de la seguridad física militar, evidentemente esta flexibilidad y adaptación a una nueva realidad no se logra a través de posiciones estáticas, sino todo lo contrario, con una mente abierta que acepte los cambios y transformaciones parejos a cualquier evolución de los sistemas de seguridad. Es necesario contar con elementos que permitan reaccionar ante lo imprevisible y atajar lo antes posible las consecuencias derivadas.

En el campo de batalla, el comandante siempre cuenta con una reserva, sin comeditos, exclusivamente preparada para actuar ante situaciones no previstas imaginables y, por supuesto, inimaginables, pues será la única herramienta disponible.

En el campo de la seguridad física, es primordial disponer de unos medios que actúen a modo de reserva y que proporcionen la flexibilidad de la que se carece si solo se piensa en modo subjetivo, desde posiciones estáticas, y cuando el despliegue de seguridad está adaptado exclusivamente para hacer frente a amenazas convencionales o genéricas.

La reserva, además de tener preplaneados posibles modos de empleo ante situaciones «conocidas» o convencionales, es vital en el caso de los «Cisnes Negros», proporcionando flexibilidad y capacidad de respuesta.

El componente humano: la falta de confianza

Han pasado más de quince años desde que se suprimió o se dejó en suspenso el servicio militar obligatorio, y con él desapareció el soldado de reemplazo. Desde entonces, nuestras Fuerzas Armadas han estado formadas por soldados y marineros profesionales con el objetivo de lograr una mayor eficiencia y fiabilidad.

Pese a ello, muchos de los militares de carrera que vivieron el servicio militar no han sabido adaptarse y asumir que los soldados y marineros profesionales nada tienen que ver con los de reemplazo, por su preparación, su compromiso de servicio y por el coste que tiene asociado cada puesto de trabajo cubierto por un soldado o marinero profesional.

Es curioso constatar cómo, por lo general, la confianza que se tiene sobre la tropa y marinería profesional es mucho mayor en operaciones en el exterior, frente a un enemigo cierto, que en territorio nacional en el día a día. En el exterior, la tropa y marinería profesional ha demostrado su valía, su alta preparación y su compromiso, siendo merecedores de la plena confianza de sus mandos, asumiendo responsabilidades propias de su empleo a la hora de tomar decisiones y de ejercer como auténticos técnicos en sus respectivas materias.

Por el contrario, en territorio nacional, cuando nos referimos a la seguridad física, persiste esa reticencia en delegar cometidos y en confiar plenamente en nuestra tropa y marinería profesional para permitir que cada uno asuma la responsabilidad que le corresponde en su nivel de decisión. Estos cometidos son prácticamente los mismos que cuando los puestos de guardia eran cubiertos por personal de reemplazo, resistiéndonos también a disminuir el número de efectivos, quizás por ese sentimiento subjetivo de falta de seguridad.

La poca confianza se traduce en planes rígidos y órdenes estrictas, sin margen de maniobra para quien las recibe. Esto conlleva una constante «microgestión» por parte de los responsables de la seguridad de las unidades, en ocasiones con el mero objetivo de conocer, aun sin que ese conocimiento aporte algo.

Estas actitudes van en detrimento de la flexibilidad del sistema y, lo que es más importante, de la autoestima de la tropa y marinería profesional que recibe esas órdenes, convirtiéndose al final casi en un objeto y mera correa de transmisión, sin margen de maniobra sobre decisiones que deberían estar a su nivel y en el ámbito de su responsabilidad.

El menoscabo de la autoestima se traduce en una complacencia y falta de motivación del personal que proporciona la guardia, que a su vez realimenta la escasa confianza del mando hacia ellos.

Paradójicamente esta desconfianza a la hora de facultar a los niveles más bajos para poder ejercer sus responsabilidades, no se corresponde con la propensión a duplicar con personal de guardia los sistemas electrónicos de seguridad, encontrándonos con la incongruencia de que sistemas mucho más sensibles para detectar presencias o movimientos que los sentidos humanos son doblados con personal de guardia.

Probablemente esta duplicación de medios esté relacionada con el sentimiento subjetivo de seguridad, pues inconscientemente se tiene miedo al vacío que significa no contar físicamente con un centinela, pese a saber que las capacidades de detección y vigilancia de los sistemas de seguridad son muy superiores a las que puede aportar una persona.

Si a lo anteriormente expuesto, que de por sí ya supone un consumo estéril de un recurso crítico, unimos que en ocasiones el personal de seguridad altamente capacitado para desempeñar esos cometidos, con un adiestramiento costoso y puesto al día en el uso de las armas, se emplea para labores que no requieren esa cualificación, agravamos el problema de escasez del recurso humano y de motivación.

En definitiva, el personal adiestrado específicamente para llevar a cabo labores de seguridad militar debe ser empleado exclusivamente para ello, cubriendo aquellos otros cometidos que no demanden esa especialización con otro tipo de personal o medios, sacando en cualquier caso el máximo partido a los sistemas técnicos disponibles.

Fuerza militar: reacción militar, que no policial

Afortunadamente, vivimos en uno de los países más seguros del mundo, con unas fuerzas y cuerpos de seguridad de una calidad y eficacia muy altas, lo que se traduce en que nuestro ordenamiento jurídico atribuye a ellos la completa responsabilidad en materia de orden público.

Las Fuerzas Armadas, solo en casos muy concretos recogidos en nuestra legislación o en ausencia de las fuerzas y cuerpos de seguridad ante flagrante delito, pueden intervenir en aspectos relacionados con la seguridad más allá de su propio ámbito de actuación, que está circunscrito al estrictamente militar para garantizar la integridad del personal, instalaciones, buques, aeronaves, armamento y material. Por ello, ni a la Policía Naval ni a los componentes de la guardia de seguridad que prestan sus servicios en esta se les deben encomendar misiones que pudieran ser realizadas por las fuerzas y cuerpos de seguridad, pese a que ciertas actuaciones antisociales tengan lugar en las inmediaciones de las instalaciones militares.

Las intervenciones de los componentes de la guardia de seguridad deben limitarse a cumplimentar las medidas necesarias para prevenir y neutralizar las amenazas a la integridad y disponibilidad del personal, así como a la actividad y recursos de las unidades. En este aspecto es fundamental distinguir qué compromete realmente la integridad, disponibilidad, actividad y recursos de los miembros de las Fuerzas Armadas y de las unidades, y cuál es un comportamiento que entra dentro del meramente de seguridad ciudadana.

Los medios con los que cuentan nuestros centinelas y vigilantes son específicamente militares, basados principalmente en la disuasión por medio de las armas de fuego, y por ello su empleo debe ser proporcional, lo que implica como norma general hacerlo contra otra arma de fuego.

Ante cualquier acción o comportamiento antisocial que no tenga como objetivo directo a las Fuerzas Armadas como tal sino que sea como consecuencia de la transgresión de una norma común, la respuesta deberá siempre apoyarse en las fuerzas y cuerpos de seguridad, reservando íntegramente la respuesta militar, en fuerza y proporcionalidad, para las auténticas amenazas que pongan en peligro la integridad de las personas e instalaciones.

No emplear nuestros medios militares para labores estrictamente de seguridad militar supondrá un malgasto de nuestro recurso de personal y conllevará una pérdida del objetivo final deseado, que no es otro que salvaguardar la integridad de personas y medios militares.

Conclusiones

El entorno en el que se mueven la Fuerzas Armadas en las operaciones militares actuales no tiene nada que ver con el de hace unos pocos años. Se ha

producido una evolución que debe también trasladarse al ámbito de la seguridad física militar.

La seguridad absoluta no existe, y el grado de ella que cada persona percibe en cada instante tiene un gran componente de subjetividad en función de cómo ésta interpreta su entorno y circunstancias.

Dentro de las Fuerzas Armadas, el responsable en todo momento de la seguridad física de una unidad o instalación militar es su jefe, por lo que las decisiones que tome al respecto estarán siempre condicionadas subjetivamente por el propio deseo de alcanzar la máxima seguridad en todo momento y situación, por encima de otras consideraciones.

La única forma de mitigar en parte la carga subjetiva de sentimiento de seguridad que a todos afecta es llevar a cabo un planeamiento detallado y continuo para la toma de decisiones, teniendo muy presente la situación, los medios disponibles y el tipo de enemigo o amenaza al que se tiene que hacer frente.

El enemigo es común y con un único objetivo final, por lo que nunca se debe afrontar el problema de la seguridad como un reto que afecta exclusivamente a cada unidad de forma aislada, pese a que cada una de ellas tenga un único responsable de su seguridad.

La explotación del apoyo mutuo entre unidades permitirá economizar medios que facilitarán disponer de mecanismos capaces de absorber y minimizar el impacto posterior de toda transgresión de seguridad pues, al no existir la seguridad plena, no podrá evitarse el hecho, pero sí las consecuencias posteriores.

Pieza clave de todo sistema de seguridad física son las personas que lo componen, por lo que es vital poner en valor su profesionalidad, reconociendo a través de la confianza depositada en ellos el papel que desempeñan.

Hay que preservar el empleo del personal de seguridad exclusivamente allí donde no pueden ser sustituidos por sistemas de alerta más fiables a la hora de una detección o bien donde sea necesaria la toma de decisiones y/o reacción militar.

Es preciso fomentar la toma de decisiones en cada nivel, sin interferir en los escalones subordinados, pues potenciará la autoestima y se alejará el efecto de «tropa y marinería de reemplazo» que todavía pervive en nuestras Fuerzas Armadas cuando se trata de la seguridad física.

La respuesta a la seguridad física dentro del ámbito de la Armada debe ser exclusivamente militar, que compagine al máximo el recurso humano y los medios técnicos disponibles y que se base en procedimientos operativos que permitan conocer en todo momento a qué tipos de enemigos nos enfrentamos.

El conocimiento del enemigo nos posibilitará discernir entre aquellas amenazas que verdaderamente puedan poner en peligro nuestro centro de gravedad de aquellas otras inocuas, no malgastando recursos críticos en cubrir amenazas pretéritas e improbables.